

# La aventura del orden

Eugenio d'Ors. *Cézanne*  
El Acantilado. Barcelona, 1999.  
199 páginas, 1.900 pesetas.

VAN Gogh en vida sólo vendió un cuadro, Cézanne muy pocos de los quinientos que llegó a pintar, pero hoy ambos se han puesto por las nubes en las subastas internacionales. Son bromas de la posteridad y del comercio con la estética. Pero Cézanne no ha tenido la misma fortuna, o tal vez la misma desdicha, que Van Gogh, cuyas obras se reproducen hoy hasta la náusea, cumpliendo extrañamente la función decorativa que tenían los antiguos cromos de los calendarios.

La vida del holandés es una novela trágica y chillona que tenía que pasar al cine, la de Cézanne no llama la atención; la pintura del primero salta a la vista, la del segundo enseña a los ojos a mirar: D'Ors tomó partido apasionadamente por esta última, y ya en 1921 (aunque él repudie esta edición imperfecta y no autorizada) había abordado el asunto en un alarde de cultura universal muy raro en la España de entonces.

Sobre la pauta de la segunda edición castellana de 1944, reaparece ahora su *Cézanne* como uno de los grandes textos de crítica dorsiana. Un libro combativo, tajante, programático, de un D'Ors apenas cuarentón que acaba de salir de la profunda crisis que significó su violenta ruptura con el ambiente catalán. Páginas, pues, en las que puede advertirse una extremosidad por así decirlo nerviosa que no es frecuente en épocas más maduras del escritor.

Cézanne incomprendido en su tiempo y con leyendas de incapacidad artística, de torpeza, más aún, llamado «enfermo» y «loco», desfigurado por la novela de su paisano y ex amigo Zola, *L'Oeuvre*, de 1886, es en D'Ors el genio del «trabajo humilde y sincero» que «adelanta muy lentamente hacia el progreso en su oficio manual hacia el aumento del poder de su mirada». «Un aprendiz», dice, con «voluntad de perfección», que se recluye para encontrarla como un eremita en su Provenza natal.

Misántropo, desaliñado, esquivo, acentuando como reto su acento del sur que en París provocaba burlas, usando un lenguaje simplista y escatológico, era para sus contemporáneos un «anarquista», un hombre selvático y rebelde, grosero y más o menos chiflado, que hacía tabla rasa de todas las tradiciones del arte. Según los entendidos, no sabía pintar; a diferencia de sus compañeros, los impresionistas, de quienes acabó apartándose por completo.

D'Ors subraya su largo aprendizaje copiando a los maestros de los museos, su admiración por sus homónimos Veronés y Rubens, de quienes parece tan lejos, y le describe como «un revolucionario del orden», «un reaccionario, un clásico, un académico», que como decía el propio artista quería «rehacer a Poussin según la naturaleza»; algo así como rehacer el arte de siempre de acuerdo con la experiencia de sus ojos.

Se le presenta como un infatigable y hu-

milde buscador del Orden interno del mundo —actitud fecundísima en la pintura del siglo XX, de la que saldrá poco después de su muerte el cubismo—, el pintor que se propone un modelo de solidez, la escultura, frente a la vaguedad, a la música, que D'Ors considera el ideal estético del impresionismo.

Su análisis es sagaz y muy sugestivo, abre nuevas perspectivas a la comprensión del arte moderno, aunque ello le conduzca



a exageraciones didácticas en las que ya es más difícil seguirle. Cézanne se describe como un profeta del novecentismo, e incluso mucho más, su mesías, insistiendo en compararlo explícitamente con «el mensaje de Jesús de Galilea», lo cual es un poco fuerte.

La condena del impresionismo en nombre de su teoría resulta feroz y sin matices, y su creencia de que el arte del siglo XX iba a ser una apoteosis de orden armónico (como después del Carnaval, dice, viene la Cuaresma, y por fin la Pascua) no es más que un supuesto. Muchas convicciones dorsianas, tan inteligentes como desmentidas por la Historia, dan a su figura intelectual un aire de formidable obstinación en lo imponible.

Peró la agudeza y la sensibilidad con que mueve dudosos argumentos son magníficas e irrepetibles, y aquí en torno a Cézanne hay, más que una teoría de los estilos, un despliegue único de comprensión interpretativa. Una vez más leer a Eugenio d'Ors es una fiesta de talento y literatura, llena de excesos y paradojas, que nos enseña a ver el arte, la belleza y el misterioso orden que la sostiene.

Carlos Pujol

# Mano de nieve

Luis García Montero. *Leciones de poesía para niños inquietos*. Ilustraciones de Juan Vida. Comares. Granada, 1999. 137 págs., 1.950 ptas.

SERÍA una lástima que este libro pasase desapercibido o fuera considerado un libro menor. Trata de poesía y de niños, una mezcla que tiene malos precedentes editoriales porque ha dado lugar casi siempre a niños juegos de diminutivos y rimas ensartados en ristas de pedagogías de la insignificancia, como si los niños fuesen tontos o su mundo fuese incapaz de percibir el tiempo, la distancia, la melancolía o el amor. Luis García Montero parte de esta situación depauperada de la pedagogía infantil sobre la poesía y escribe una pedagogía alternativa, que se toma muy en serio no sólo el hecho poético, sino a sus interlocutores imaginarios: los niños. En un lenguaje y en un diálogo muy persuasivo, va planteando las preguntas y respuestas fundamentales sobre la experiencia poética.

Quizá el mundo infantil sea aquel que sabe hacer las preguntas más elementales y a la vez más hondas. García Montero parte de este respeto hacia el interlocutor imaginado, ese niño, al que hay que enseñarle a mirar; a valorar la imaginación, a saborear las palabras, a descubrir su inmensa fuerza. Y esa enseñanza se va integrando, a partir de parábolas y situaciones dialogadas en las que se imaginan historias y recorridos nacidos en el mundo cotidiano de un niño urbano. Ir descubriendo ese niño la poesía en la misma medida en que sea capaz de descubrir, cuando va al colegio, desayuna o mira por la ventana del coche de su padre, los pliegues desapercibidos de una realidad que emerge más rica cuando se la sabe mirar. Por ello García Montero ha construido también una poética que bebe de Machado y del primer García Lorca, y que desnuda la poesía hasta hacerla convivir con la palabra esencial y la vivencia del tiempo, más allá del ropaje virtuoso y alambicado de la formalización extravagante.

Al mismo tiempo que se habla de la poesía, se va haciendo poesía: pequeños romances, cuartetos, poemas sobre las estaciones, ejemplos de metáforas, que acompañan la medida de cada experiencia. Y algo muy importante: la prosa del discurso que habla, la del poeta que explica, se llena ella misma de poesía. Logra García Montero páginas de una belleza y profundidad antológicas, como el capítulo dedicado a la escritura, en que la imagen de una nieve que va cuajando en la ciudad, inadvertidamente, con sorprendente y necesario azar, se amolda muy bien por su fragilidad, pero también por su vocación de permanencia a la de la escritura, que finalmente cuaja en el copo de los versos. No creo que se haya dicho nunca mejor qué sea ese prodigio de la escritura que esta tímida nieve de la tarde invernal cuajando sorpresiva en el cuerpo de la ciudad.

Libros como éste, cuya lectura es una dicha, dan también una pauta necesaria de responsabilidad social. Está el libro preñado de ganas de obtener lectores para la poesía, de sacar la poesía de su cárcel para minorías catecumenales. Es una apuesta a favor de los lectores futuros a los que se quiere persuadir de un gozo y de una fuerza que ellos mismos, lectores y poetas, tienen en sus manos y quizá no lo hayan percibido. Una delicia de libro, sí, pero también una llamada a padres y educadores a favor de los vastos territorios de la imaginación que la poesía y los poetas pueden abrir con su mano de nieve.

José María Pozuelo Yvancos

ABC Cultural, junio 1999